

¿EN EL HORIZONTE?

Estados Unidos e Iraq

A medida que las tropas estadounidenses se retiran de Iraq, ¿cuál ha sido el balance –ideológico, militar, económico– de los cerca de nueve años de ocupación para el poder y la hegemonía estadounidenses? Y no sólo para Estados Unidos; ¿qué ha significado también para los iraquíes? En lo primero, Obama ha podido añadir la ocupación a su lista de «trabajos hechos», y en un año electoral. «Cuando tomé posesión, prometí poner fin a esta guerra de forma responsable», proclamaba en diciembre de 2011 en una conferencia de prensa en la Casa Blanca. «Hoy estoy orgulloso de dar la bienvenida al primer ministro Maliki, el elegido dirigente de un Iraq soberano, autosuficiente y democrático. Estamos aquí [...] para empezar un nuevo capítulo en la historia de nuestros dos países: una relación normal entre naciones soberanas, una colaboración en igualdad basada en el interés y respeto mutuo. No estaréis solos», aseguraba a un Maliki con expresión adusta a su lado¹. Militarmente, Obama se ha mantenido religiosamente fiel al guion de escalada y retirada que heredó de la política de Bush de 2007-2008: un aumento temporal de las tropas coordinado con una ofensiva diplomática para otorgar un monopolio operativo de la violencia a un gobierno satélite y ganar, o comprar, el apoyo suní para esa política; seguido por una retirada a bases estadounidenses y una redistribución ulterior de tropas en Afganistán u otro lugar.

Los informes de la prensa dominante han sido prácticamente unánimes al describir a una superpotencia estadounidense enormemente disminuida. Se ha dicho que Estados Unidos «está dejando el enorme botín económico del país en manos de naciones que ni apoyaron ni participaron en la invasión encabezada por Estados Unidos»². Sin embargo, el alcance de la reducción de las tropas no debería exagerarse. En diciembre de 2011 se produjo una reconfiguración de las fuerzas estadounidenses en la región, no una retirada. Alrededor de 15.000 soldados estadounidenses están estacionados ahora a lo largo de la frontera iraquí con Kuwait formando una «fuerza de respuesta móvil» equipada con artillería pesada, tanques y heli-

¹ Conferencia en la Casa Blanca, 12 de diciembre de 2012.

² Lina Saigol, «Iraq's Economic Spoils Go To Nations that Shunned the War», *Financial Times*, 16 de diciembre de 2011.

cópteros. Además de las bases navales y aéreas de Bahreín y Qatar, dos portaaviones estadounidenses acechan en alta mar³. Estados Unidos retiene *de facto* el control del espacio aéreo iraquí mientras aumenta su poder aéreo en la región con drones que rastrean los cielos iraquíes y exhaustivos sistemas de vigilancia vía satélite. La responsabilidad del aparato de seguridad estadounidense que protege la enorme embajada en Bagdad, y de las «instalaciones consulares» vitalmente estratégicas, recaerá ahora en la CIA y el departamento de Estado; su personal incluye actualmente a más de 7.500 miembros de organizaciones de seguridad privadas contratados por el gobierno, además del aparato de seguridad contratado por las grandes empresas petroleras⁴.

El gobierno de Maliki está comprando aviones F-16, considerados por los expertos en defensa como útiles solamente contra «antiguas amenazas de Siria o Irán», sin que sean una amenaza seria para las fuerzas aéreas más avanzadas de la región⁵. El contrato de venta de los F-16 no supone solamente que la Casa Blanca esté explotando su posición para asegurar las ventas de los contratistas de defensa estadounidenses, como ha hecho desde que Eisenhower buscara «absorber» los ingresos petrolíferos saudíes por medio de acuerdos sobre armamento en 1956⁶. También sirve para comprometer con más fuerza a Iraq dentro del sistema de dominación estadounidense en la región. Como explicaba el pasado otoño Kenneth Pollack, director del Consejo de Seguridad Nacional para Asuntos del Golfo Pérsico durante la Administración Clinton, ante el Comité del Senado para las Fuerzas Armadas, «una de las lecciones más importantes de la primavera árabe y de la caída del Mubarak ha sido la tremenda utilidad que las ventas de armas estadounidenses puede tener en Oriente Medio»:

La moderna historia militar de los países árabes deja claro que los aliados árabes de Estados Unidos se volvieron completamente dependientes de Estados Unidos y perdieron la capacidad de proyectar su poder sin el apoyo estadounidense (y por ello sin su aprobación). Actualmente, Jordania, Egipto y todos los Estados miembros del GCC [Consejo de Cooperación de los Países Árabes del Golfo] coordinan todas sus actividades militares de importancia en el exterior junto a Estados Unidos⁷.

³ David Cloud, «US boosts military presence in Persian Gulf», *Los Angeles Times*, 12 de enero de 2012; Gregory Gause, *The International Relations of the Persian Gulf*, Cambridge, 2009, p. 249.

⁴ Helene Cooper y Thom Shanker, «US embraces a low-key response to turmoil in Iraq», *New York Times*, 24 de diciembre de 2011; Moshe Schwartz, «The Department of Defense's Use of Private Security Contractors in Afghanistan and Iraq», *Congressional Research Service Report R40835*, Washington, 2011.

⁵ «The New Iraqi Air Force», *Defense Industry Daily*, 13 de diciembre de 2011.

⁶ Nathan Citino, *From Arab Nationalism to OPEC: Eisenhower, King Saud and the Making of US-Saudi Relations*, Bloomington, IN, 2002, p. 163.

⁷ Kenneth Pollack, «American Policy toward Iraq after 2011», Brookings Institution, 15 de noviembre de 2011, p. 15.

Reconfiguraciones hegemónicas

Como un palimpsesto de los modos imperiales de gobierno sobre el territorio iraquí, sigue siendo apropiada la comparación, tantas veces señalada, con Gran Bretaña entre 1914 y 1958; a pesar de las enormes diferencias de riqueza, alcance y poder militar de las dos superpotencias. Gran Bretaña lanzó su invasión de Mesopotamia en los primeros meses de la Primera Guerra Mundial, aprovechando las hostilidades para apoderarse del viaducto de Shatt al-Arab y asegurar sus intereses petrolíferos en Irán, el principal abastecedor de combustible para la Royal Navy. En 1920 la Liga de Naciones sancionaba la conquista por medio de un mandato por doce años que proporcionaba una pátina de legitimación internacional a una ocupación en curso. Las tropas indias de Gran Bretaña, diversos impuestos a las tribus y la RAF se utilizaron para aplastar a la resistencia iraquí. En 1921 Londres instaló a un monarca, ratificó su posición mediante un referéndum y puso en escena una transferencia nominal de poderes: los consejeros británicos continuaron instruyendo a los ministros del rey Faisal y Gran Bretaña retenía el control de la seguridad interna, la defensa y la política exterior⁸. En 1930, dos años antes de que el Mandato Británico llegara a su fin, el gobierno de Ramsay MacDonald firmó un tratado bilateral con Nuri al-Said, el primer ministro cuidadosamente elegido por los británicos, que otorgaba a Gran Bretaña derechos sobre la política exterior iraquí, sobre los puertos, ferrocarriles, bases aéreas y, en tiempos de guerra, sobre las decisiones militares. Aunque en 1932 retiró sus tropas manteniéndolas «en el horizonte», bajo el tratado anglo-iraquí Gran Bretaña retendría el control indirecto durante otros veintiséis años, hasta que la revolución de 1958 derrocó a la monarquía y asistió a la muerte de Nuri al-Said en Bagdad.

Por su parte, la Casa Blanca de Bush empezó a apuntar a Iraq en los primeros días de enero de 2001. En mayo de 2003, la conquista fue sancionada por el mandato de Naciones Unidas en forma de la resolución 1483 del Consejo de Seguridad. Las fuerzas de Estados Unidos y Gran Bretaña se lanzaron a dividir, aplastar y cooptar a la resistencia, mientras que simultáneamente construían un régimen parlamentario satélite. En junio de 2004, Washington instaló un gobierno de transición a cargo de Iyad Allawí, que había trabajado para la CIA desde mediados de la década de 1990, y escenificó un traspaso formal de poderes. Los consejeros estadounidenses permanecieron afianzados en los ministerios clave, y los embajadores de Estados Unidos –Negroponte, Khalilzad, Crocker– asumieron el papel de virreyes. Una Constitución que en sus artículos básicos se apoyaba en la Ley de Transición Administrativa de Paul Bremer y Peter Galbraith fue ratificada

⁸ Véanse Jafna Cox, «A Splendid Training Ground: The Importance to the Royal Air Force of its Role in Iraq, 1919-1932», *Journal of Imperial and Commonwealth History* XIII, 2 (1985); Phebe Marr, *The Modern History of Iraq*, Boulder, CO, 1985; Peter Sluglett, *Britain in Iraq*, Nueva York, 2007; Nadine Méouchy y Peter Sluglett (eds.), *The British and French Mandates in Comparative Perspectives*, Leiden, 2004, especialmente pp. 103-128.

en referéndum en octubre de 2005; las protestas sobre el fraude electoral en la provincia clave de Ninawa fueron rechazadas para permitir que las elecciones al Consejo de Representantes se llevaran a cabo dos meses después. En 2008, a medida que se acercaba el fin del mandato de Naciones Unidas, Washington negoció un tratado bilateral con el primer ministro que había elegido, Nouri al-Maliki –después de que Bush hubiera vetado en 2006 a Jaafari, el candidato de los parlamentarios iraquíes–, quien aprobó los derechos de Estados Unidos a las bases militares hasta diciembre de 2011. Aunque ahora sus fuerzas se hayan retirado «en el horizonte», hay pocos indicios para sugerir que Estados Unidos dudaría, si llegara el caso, en seguir el precedente británico de 1941: Londres interviniendo de nuevo, nueve años después de su retirada, para derrocar a un gobierno no deseado.

«Literalmente nada que ver con el petróleo»

Si en 1913 Churchill había pensado que era vital que Gran Bretaña se convirtiera en el «controlador en origen» de grandes reservas de petróleo para abastecer a la Royal Navy, y los planes militares consideraban el control sobre el petróleo de Persia y Mesopotamia como «un objetivo de primera clase para una guerra británica», esto siempre fue enérgicamente negado en público. En 1920 Churchill declaraba que la idea de que Gran Bretaña hubiera asumido el riesgo y el gasto de una campaña militar para «asegurarse alguna ventaja respecto a algunos campos petrolíferos», era «demasiado absurda como para aceptarla»⁹. En 1923 el secretario de Exteriores, Lord Curzon, aseguraba en la conferencia de Lausana:

Se supone y se alega que la actitud del gobierno británico con el Vilayato de Mosul se ve afectada por la cuestión del petróleo. La cuestión del petróleo del Vilayato de Mosul no tiene nada que ver con mi argumento [...]. Lo he explicado a la Conferencia para que esta pueda saber el grado exacto de influencia que ha tenido el petróleo respecto a esa actitud y que equivale a cero¹⁰.

Ocho años después, los invasores de Iraq permanecían igualmente firmes. Rumsfeld afirmaba: «no tiene nada que ver con el petróleo, literalmente nada que ver con el petróleo». Blair repetía a Churchill: «la teoría de la conspiración del petróleo es honestamente *[sic]* una de las más absurdas»¹¹.

No obstante, asesorado por los británicos, el gobierno de Faisal había concedido en 1925 los derechos de extracción del petróleo del país a un consorcio internacional encabezado por Gran Bretaña, incluso antes de que Londres hubiera obtenido el pleno reconocimiento de la ley internacional de su ocupación del rico distrito petrolero de Mosul. El contrato por 75 años

⁹ Véase Greg Muttitt, *Fuel on the Fire: Oil and Politics in Occupied Iraq*, Londres, 2011, pp. 5-6.

¹⁰ Discurso del 23 de enero de 1923, citado en P. Sluglett, *Britain in Iraq*, cit., p. 72.

¹¹ Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de Estados Unidos, entrevista en *60 Minutes*, CBS, 15 de diciembre de 2002; Tony Blair, entrevista en *Newsnight*, BBC2, 6 de febrero de 2003.

proporcionó al entramado de grandes empresas petroleras británicas, francesas y estadounidenses –posteriormente bautizado como la Iraq Petroleum Company (IPC)– los derechos exclusivos de extracción a cambio de un pequeño porcentaje por barril para el gobierno iraquí. Como parte de su campaña de puertas abiertas, Washington presionó para obtener una mayor participación en Oriente Medio, y en 1928 representaba el 24 por 100 de la IPC. (La disposición británica para abrir el petróleo iraquí a un abanico de aliados potenciales y rivales subordinados estableció un modelo que más tarde sería utilizado por Estados Unidos, especialmente en el consorcio petrolero impuesto sobre el Irán posterior a Mossadeq en 1954). El pleno control iraquí sobre las reservas petrolíferas del país solo se alcanzó en 1972, cuando el Partido Baaz pre-Sadam nacionalizó la IPC, con la aclamación popular, y se lanzó a construir una industria petrolera que excluyera a las grandes empresas internacionales del proceso de extracción.

Incluso antes del 11-S, un grupo de trabajo estadounidense al máximo nivel sobre estrategia energética había sostenido que la menguante capacidad disponible del petróleo mundial era preocupante, al mismo tiempo que Sadam se estaba volviendo una amenaza «desestabilizadora». En 1999 el régimen de sanciones de Naciones Unidas se debilitaba por la actuación de compañías francesas, rusas y chinas que firmaban acuerdos con Iraq, mientras que otras empresas petroleras ofrecían sobornos a Sadam. Los países vecinos del GCC, lamentando a gritos los sufrimientos de los iraquíes, desaprobaban los movimientos unilaterales de Estados Unidos para llevar el petróleo del mar Caspio a los mercados globales y para hacer participar a Irán. Anteriormente la estrategia energética estadounidense se había apoyado principalmente en «mantener el libre acceso» al petróleo del Golfo, asumiendo que las compañías petroleras nacionales en Arabia Saudí y en los otros Estados del GCC invertirían lo suficiente como para proporcionar una «reserva» estable de capacidad disponible. Pero

recientemente las cosas han cambiado. Estos aliados del Golfo se encuentran con que sus intereses, tanto en política exterior como interior, cada vez están más en desacuerdo con las consideraciones estratégicas de Estados Unidos, especialmente a medida que estallan las tensiones árabe-israelíes. Se muestran menos dispuestos a bajar los precios a cambio de la seguridad de los mercados, y la evidencia sugiere que no se están realizando de manera periódica las inversiones para aumentar la capacidad de producción de acuerdo con las crecientes necesidades globales. Una tendencia hacia un antiamericanismo podría afectar a la capacidad de los líderes regionales para cooperar con Estados Unidos en el área de la energía¹².

El informe continuaba señalando que «diversos países productores clave en estas importantes áreas permanecen cerrados a la inversión»; «una reapertura de estas áreas a la inversión extranjera podría suponer una diferencia

¹² Edward Morse y Amy Jaffe, *Strategic Energy Policy Challenges for the 21st Century*, Nueva York, 2001, p. 13.

Figura 1: Iraq, campos petrolíferos conocidos



decisiva para proporcionar un suministro extra a los mercados en las próximas décadas¹³. Para los arquitectos de la política estadounidense después del 11-S, el «cambio de régimen» en Iraq podía abrir los grifos, posibilitar la inversión de las grandes empresas petroleras y al mismo tiempo reforzar la primacía estadounidense sobre la región, proporcionando un entorno más seguro para Israel e incluso –en su versión más embriagadora– ofrecer a los árabes un modelo de democracia de libre mercado¹⁴.

¹³ *Ibid.*, p. 23.

¹⁴ Robert Mabro, «Is the Widely Expected War on Iraq an Oil War?», *Oxford Energy Comment*, febrero de 2003; Robert Gilpin, «War is Too Important to be Left to Ideological Amateurs», *International Relations*, marzo de 2005; Jane Cramer y Edward Duggan, «In Pursuit of Primacy», en Jane Cramer y Trevor Thrall (eds.), *Why Did the United States Invade Iraq?*, Nueva York, 2011. Véase también Michael Klare, *Blood and Oil: the Dangers and Consequences of America's Growing Dependency on Imported Petroleum*, Nueva York, 2004; y Rachel Bronson, *Thicker than Oil: America's Uneasy Partnership with Saudi Arabia*, Nueva York, 2006.

A partir de de 2003 los estadounidenses presionaron enérgicamente para conseguir que el petróleo iraquí fuera explotado por las grandes empresas petroleras mientras el país permanecía bajo la total ocupación militar. La Constitución de 2005 clasifica a los muchos campos petrolíferos iraquíes en campos «actuales» –bajo alguna forma de explotación– y campos sin explotar o «verdes», que pueden rendir suculentas ganancias. La Constitución –elaborada a través de sucesivos borradores por los consejeros estadounidenses– especificaba que los campos «actuales» serían gestionados por el gobierno central iraquí, en turbia conjunción con las principales autoridades regionales o de distrito; sin embargo, ni los campos sin explotar, ni siquiera la expansión de los campos «actuales», fueron abordados explícitamente. La específica división de poderes entre las autoridades nacionales y regionales –una función básica de cualquier Constitución– quedó sin definir, invitando así a la enconada lucha que se produce en la actualidad. Un artículo adicional pedía al gobierno federal y a los gobiernos regionales que «formularan las necesarias políticas estratégicas» para explotar la riqueza de petróleo y gas de Iraq, «utilizando las técnicas más avanzadas de los principios de mercado y alentando la inversión». Numerosos consejeros internacionales estaban a mano para aclarar de qué principios se trataba.

Bienvenido de vuelta

En 2006 el recién nombrado ministro del Petróleo, Hussein al-Shahristani, yerno del gran ayatolá Alí al-Sistani, anunciaba a la prensa internacional: «La primera cosa sobre la que vamos a trabajar es una ley de inversión que tranquilice a las grandes compañías petroleras» y que «permita a las grandes compañías multinacionales del petróleo regresar a Iraq». Esto iba totalmente en contra del consejo de altos técnicos en petróleo iraquíes, que sostenían que el petróleo del país era tan abundante, los costes de extracción tan bajos y los fondos de capital estaban tan disponibles, que Iraq no necesitaba traer compañías petroleras extranjeras¹⁵. Como era de esperar, en febrero de 2007 el gobierno de Maliki aprobó una ley de inversión petrolífera. Se ofrecía a las multinacionales acuerdos a largo plazo de producción compartida por los que el gobierno iraquí compensaría a las empresas por su inversión y les asignaría una participación en los beneficios, y donde los respectivos papeles del gobierno central y de los gobiernos regionales quedarían definidos. La ratificación parlamentaria de la ley por el díscolo Consejo de Representantes se mostró inalcanzable: los diputados kurdos objetaron los anexos que pensaban que diluían los controles regionales, y los sadristas no podían llegar a votar a favor del control extranjero del principal recurso del país. Pero para las grandes empresas petroleras este seguía siendo el mejor de los mundos posibles; la ley proporcionaba un modelo amistoso para las multinacionales; incluso su ambigüedad, su carácter no ratificado, podía permitirles introducir lucrativas cláusulas de compensación en futuros contratos, en el caso de una legislación más restrictiva de un

¹⁵ G. Muttitt, *Fuel on the Fire*, cit., pp. 202-207.

gobierno iraquí, o insistir en que la jurisdicción sobre cualquier disputa contractual estuviera en Nueva York o Londres.

A partir del verano de 2009, después de que la «escalada» estadounidense apuntalara al gobierno de Maliki, Shahristani empezó a firmar contratos con las multinacionales por el petróleo iraquí. Los mayores campos de petróleo y gas natural fueron a parar principalmente a compañías anglo-estadounidenses –Exxon-Mobil, BP, Royal Dutch Shell–, y Exxon-Mobil era la que se llevaba la parte del león. La letra pequeña se ha mantenido secreta en su mayor parte, pero el análisis del contrato de BP por el gigantesco campo de Rumaila sugiere un acuerdo lucrativo, con beneficios por encima del 20 por 100. El gobierno iraquí reembolsaría los costes de inversión de la compañía y pagaría en especie 2 dólares por barril, además de ello pondría a las fuerzas de seguridad iraquíes a disposición de BP y pagaría a las compañías privadas de seguridad contratadas por BP; los acuerdos para la obtención de inversiones tendrían una mínima supervisión iraquí; Bagdad pagaría compensaciones por cualquier limitación de infraestructuras o por cualquier restricción impuesta por la OPEP sobre las cuotas de producción¹⁶.

La reciente apertura de los sectores iraquíes del petróleo y el gas ha proporcionado a Exxon-Mobil una posición dominante. Obtuvo la mayor participación en el contrato por Qurna Oeste I, otro de los campos supergigantes que podría suponer el mayor incremento individual planeado de la producción. Los cálculos –quizá demasiado optimistas– sitúan la producción del campo de Qurna Oeste para 2017 por encima de los 2,8 millones de barriles diarios, a la par de las predicciones para Rumaila. Desde que logró el contrato, Exxon ha elevado la producción desde 258.000 barriles diarios a 350.000, mientras que la inversión ha sido de simplemente 400 millones de dólares¹⁷. Exxon también ha recibido el contrato para desarrollar un enorme sistema de inyección de agua para las reservas de petróleo y de gas natural de los principales campos del sur de Iraq, donde se localiza cerca del 80 por 100 de la producción. Este proyecto de infraestructura por un valor de 20 mil millones de dólares proporciona a la compañía un poder efectivo sobre la gestión y futura producción de los campos petrolíferos iraquíes, así como un control estratégico sobre la explotación del gas natural asociada con las operaciones en las reservas. Sin la inversión y aprobación de la Exxon, la reinyección de agua y gas necesaria para aumentar la producción no puede producirse. James Adams, vicepresidente de Exxon para Iraq, señaló que las prestaciones existentes serían

¹⁶ Véase G. Muttitt, *Fuel on the Fire*, cit., pp. 324-331; Peg Mackey y Nelli Sharushkina, «Iraq: the Limits of History», *Energy Compass*, 13 de noviembre de 2009; Paul Merolli y Peg Mackey, «Iraq: Washington's Dilemma», *Energy Compass*, 20 de noviembre de 2009; «Baghdad Awards 4.8mbd Second Tranche Of Upstream Oil Projects», *Middle East Economic Survey*, vol. 51/52, 21/28 de diciembre de 2009, p.3; Terry Macalister, «BP "Has Gained Stranglehold Over Iraq" After Oilfield Deal is Rewritten», *Observer*, 31 de julio de 2011.

¹⁷ «Iraq Oil Expansion Reaches a Crossroads», *Petroleum Intelligence Weekly*, 5 de septiembre de 2011.

incapaces de manejar el potencial de la producción del campo de 2,8 miles de barriles diarios: «No añadiremos recursos para 2 millones de barriles de golpe. Eso se distribuirá en fases de modo que podamos alcanzar el objetivo sin tener que invertir demasiado antes de lo necesario»¹⁸.

En octubre de 2011 Exxon también se convirtió en la primera gran empresa petrolera que firmaba acuerdos con el gobierno regional de Kurdistán (GRK), obteniendo seis yacimientos de petróleo en la región kurda a pesar de la oposición verbal de Bagdad, especialmente de Shahrastani, ahora vicepresidente ministro, que llegó a amenazar a Exxon con los contratos de los campos del sur. Maliki intervino para desautorizar a su vicepresidente ministro y declaró que se respetarían los contratos de los campos del sur a pesar de las concesiones del GRK. Queda el interrogante de saber si Exxon hubiera objetado el que los contratos fueran renegociados; la gran empresa petrolera quizá los hubiera podido volver a redactar a su favor, quizá incluso desempeñando el papel de útil catalizador de las relaciones entre el GRK y Bagdad, con mejores o peores consecuencias. Como señalaba un comentarista del mercado del petróleo sobre las concesiones del GRK: «Cualquiera que sea el caso, Exxon se sentía suficientemente a cubierto; y con cierta razón. La gran empresa petrolera estadounidense está tan enredada en Iraq que el gobierno no puede castigar a Exxon sin hacerse daño a sí mismo»¹⁹.

La relación entre los acuerdos de Exxon con el GRK y la estrategia de Estados Unidos para la región resulta opaca. Oficialmente, Washington está comprometido con un Iraq unido con un Estado federal fuerte. En la práctica, ha potenciado activamente el desarrollo de un micro-Estado en el norte, dotado de sus propias fuerzas de seguridad y armado con un veto constitucional sobre acontecimientos nacionales. Altos funcionarios estadounidenses en Iraq, incluyendo al antiguo embajador Zalmay Khalilzad y a Jay Garner, cabeza de la Autoridad Provisional de la Coalición, han tomado lucrativas posiciones en el sector petrolero del GRK tras su jubilación. Es posible que la Administración de Obama esté siguiendo el guion de la década de 1920, cuando la estrategia política quedaba algunas veces delegada en las grandes empresas petroleras mientras el Departamento de Estado renunciaba a una implicación directa. También es posible que tanto Exxon como la Casa Blanca estén buscando acelerar un convenio entre Bagdad y el GRK y la aprobación de la ley del petróleo, mostrando la facilidad con la que se pueden hacer mejores ofertas que las del gobierno central. En cualquier caso, Exxon ha surgido como el actor fundamental, con un dominio decisivo sobre la producción futura de Iraq y de los medios para hacer que Bagdad y Arbil jueguen en distinto campo.

Por su parte, BP y Royal Dutch Shell han tenido buenos resultados pero no están al mismo nivel que Exxon. En Rumaila, BP mantiene una partici-

¹⁸ Véase «Q&A: Exxon's Iraq chief James Adams», *Iraq Oil Report*, 24 de mayo de 2011.

¹⁹ Ben Van Heuvelen, «Analysis: What Was Exxon Thinking?», *Iraq Oil Report*, 5 de diciembre de 2011.

pación escasamente superior a la de la china CNPC; en otros lugares, empresas rusas, francesas y de otros países se han incorporado a acuerdos en posiciones subordinadas, careciendo de control sobre el desarrollo de las infraestructuras de los campos y con su participación diluida entre muchas partes. El proyectado incremento de la producción de Rumaila desde los actuales 1,3 millones de barriles diarios debe ser compartido prácticamente a la par entre BP y CNPC, a diferencia de la situación en Qurna Oeste donde Exxon recibirá el 80 por 100 de las ganancias y Shell solamente el 20. No obstante, el acuerdo por valor de 17 mil millones de dólares alcanzado por Shell, para desarrollar el gas natural asociado a tres grandes campos petrolíferos alrededor de Basra, sugiere la revigorización de las grandes empresas anglo-estadounidense-holandesas que dominaron Iraq desde la década de 1920 a la de 1970. Mientras que las necesidades de producción de energía eléctrica en Iraq son todavía tan evidentes, Shell parece haberse ganado el derecho a exportar la mayor parte del gas que obtiene, pagando solamente un 1 por 100 de tasa de exportación sobre unas cantidades todavía por determinar; al mismo tiempo, el gas destinado a cubrir necesidades internas, tales como la producción de energía eléctrica, puede ser tasado sobre los precios internacionales en vez de ser considerado como costes recuperados, como es habitual en la región²⁰.

Mientras tanto, los ingresos iraquíes procedentes del petróleo todavía están tramitados a través de una cuenta en el Federal Reserve Bank de Nueva York, a pesar de que en julio de 2011 expiró el mandato del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y solamente son trasladados a Bagdad después de que el Fed de Nueva York los ha controlado. En tanto que permanecen bajo la jurisdicción del sistema bancario estadounidense, los dólares iraquíes tienen la inmunidad presidencial frente a cualquier proceso legal bajo la orden ejecutiva 13303. Obama ha prorrogado de nuevo esta ordenanza hasta mayo de 2012, de manera que los bancos estadounidenses pueden seguir actuando de intermediarios de los ingresos petrolíferos de Iraq.

Un Estado roto

Los costes para los propios iraquíes de la ocupación estadounidense no necesitan ser repetidos aquí; más de 100.000 muertos, según los cálculos más conservadores, y por lo menos 4 millones expulsados de sus hogares. La provisión de servicios básicos –electricidad, recogida de basuras– y de servicios sociales está todavía peor que con Sadam, y muchos iraquíes culpan del continuo deterioro al asombroso nivel de corrupción. Las divisiones sectarias han sido sistemáticamente arraigadas de arriba hacia abajo, empezando por el proceso de selección de la Autoridad Provisional de la Coalición para el Consejo Interino de Gobierno y sus campañas de desbaazifica-

²⁰ Ben Lando y Ben Van Heuvelen, «The Secret History of the Shell Gas Deal», *Iraq Oil Report*, 23 de septiembre de 2011; Daniel Smith y Ben Lando, «Shell Gets its Gas Deal», *Iraq Oil Report*, 27 de noviembre de 2011.

ción. En todos los niveles del Consejo de Representantes se han impuesto cuotas sectarias confesionales con sus correspondientes derechos de veto. Los consejos municipales han sido purgados y divididos. El «veto de las tres provincias» consagrado en 2004 para cualquier referéndum constitucional posterior por el consejero de los kurdos, Peter Galbraith, asegura que la política quedará fracturada, sin una completa secesión kurda ni un acuerdo federal coherente. Bajo Maliki ha quedado arraigado un nuevo régimen de corrupción y coacción, con miles de millones de dólares malversados de las arcas del Estado. En febrero de 2011, matones del Ministerio del Interior dieron una paliza a los manifestantes demócratas en la plaza Tahrir de Bagdad; una de las figuras dirigentes del movimiento, el periodista Hadi al-Mahdi, fue asesinado a tiros en su casa²¹. El propio Maliki se ha demostrado un aventajado alumno: lanzando sucesivas campañas de desbaazificación, haciendo desfilar a prisioneros con uniformes naranjas en la televisión. Como ha señalado Charles Tripp, el historiador británico de Iraq:

Bajo la atenta y a menudo alentadora mirada de Estados Unidos, Nuri al-Maliki ha estado ocupado asegurándose de que un fuerte Estado centralizado pudiera reaparecer para imponer la clase de orden que se ha vuelto la característica de la vida política iraquí [...]. Teniendo cuidado con los órganos del Estado controlados por sus aliados, todavía más con los controlados por sus rivales, Maliki ha dado pasos para asegurarse el control personal de cualquier cosa especialmente relacionada con la seguridad y con el brazo coercitivo del Estado²².

Iraq se extiende a lo largo de una gran falla de la seguridad en Oriente Medio, un escenario geoestratégico decisivo para las empresas y estados más poderosos del planeta. Mientras el mundo dependa del petróleo, Estados Unidos nunca abandonará la región. Como se ha señalado anteriormente, el actual reposicionamiento militar no es una retirada, es una reconfiguración. Aunque no hay ninguna escasez de siniestras señales de advertencia para el poder estadounidense en Oriente Medio, la retirada de Iraq no puede interpretarse como un debilitamiento significativo de la hegemonía estadounidense. Las empresas anglo-estadounidenses –excluidas del país durante décadas– ahora controlan la parte del león de los sectores iraquíes del petróleo y del gas natural. Estados Unidos mantiene un significativo potencial «en el horizonte» en las fronteras de Iraq por medio de su archipiélago de bases a lo largo de los estados del Consejo de Cooperación del Golfo. Ha desempeñado un papel decisivo en dar forma al sistema político iraquí y todavía ejerce una considerable autoridad sobre sus servicios de defensa y seguridad. Iraq es un país soberano solamente de forma nominal. A través de su hegemonía informal –combinando drones, ventas de armas y adiestramiento militar, *condottieri* e interesados funcionarios relacionados con la industria del petróleo y del gas natural– Estados Unidos seguirá siendo durante años un poderoso actor en Iraq.

²¹ «Failing Oversight: Iraq's Unchecked Government», ICG Middle East Report, 26 de septiembre de 2011.

²² Tripp, «Iraq after the US Withdrawal», *Middle East in London*, diciembre de 2011.